

La ley judía prescribía que los leprosos curados sacrificaran pájaros en una vasija de barro, de suerte que esta burla recordaba la fábula de Maneton de que los judíos habían sido arrojados del Egipto por leprosos. Para que el escarnio fuera mejor comprendido, el pagano escogió el sitio del sacrificio conforme á la ley judía. Al salir los judíos del templo hubo por consiguiente reyertas, y finalmente los judíos recogieron sus libros sagrados y emigraron, no sin que algunos de ellos cometiesen la imprudencia de recordar al procurador en Sebaste los ocho talentos que había aceptado para protegerlos. El procurador castigó á los imprudentes bajo el pretexto de haberse llevado de Cesarea los libros de la ley.

Estos sucesos solo fueron un ligero preludio de lo que aguardaba al pueblo judío. Principió Gesio Floro por pedir en nombre del emperador la cantidad de 17 talentos del tesoro del templo de Jerusalem, exigencia que suscitó una grandísima agitación en todo el pueblo judío, el cual efectuó en són de mofa una cuestación á favor del *pobre Floro*. A esto contestó el procurador dirigiéndose con toda su fuerza armada á Jerusalem, cuyos habitantes espantados salieron á recibirle con los honores de costumbre. Floro rechazó tales demostraciones y les dijo: «Si sois hombres, mofaos en mi presencia.» Al día siguiente quiso saber quiénes eran los que se habían burlado de él, y no siendo posible averiguarlo, dió licencia á sus soldados para matar y robar á discreción. Los individuos que fueron hechos prisioneros murieron crucificados, muerte afrentosa que sufrieron hasta ciudadanos romanos de linaje judío, y se dice que en esta ocasion perecieron unas 3,600 personas. Berenice, la hermana de Agripa II, que á la sazón se hallaba en Jerusalem, suplicó en vano al procurador que pusiese fin á la matanza, mas Floro muy al contrario se había reservado otra «broma.» Al día siguiente debían llegar dos cohortes de soldados romanos á Jerusalem y Floro pidió que los judíos en señal de sumisión fuesen á recibir á aquella tropa y le diesen la bienvenida. Mucho trabajo costó á los sacerdotes que se cumpliera el deseo del procurador; los soldados al llegar no respondieron á la bienvenida de los judíos, estos lanzaron denuestos contra el procurador, y entonces empezó la tropa una verdadera batida de judíos, que huyendo despavoridos en masa confusa á la ciudad, perecieron en parte aplastados. En las calles volvieron cara; otros arrojaron desde los terrados piedras sobre la tropa perseguidora, la cual trató de refugiarse en el monte del templo y en el castillo, pero tuvo que retirarse á la colina occidental y encerrarse en el cuartel cerca del palacio real, desde donde presenció sin poder impedirlo cómo los judíos derribaban los pórticos de columnas que servían de comunicacion entre el castillo y el templo. Con esto quedó declarada de hecho la guerra. Floro comprendió que sus fuerzas eran insuficientes para sofocar la sublevacion, y dejando una cohorte de guarnicion marchó con el resto de la tropa á Cesarea, desde donde informó á Cestio Galo, legado de Siria, de lo sucedido, y lo mismo hizo por su parte la nobleza de Jerusalem. Cestio al recibir estas noticias envió á uno de sus oficiales á Jerusalem para tomar informes de lo sucedido. Este enviado se encontró en Jabne con Agripa II, que volvía de hacer una visita al gobernador de Egipto, y con el alto consejo de Jerusalem, que había salido á recibir al rey para contarle tambien lo sucedido y para quejarse de Floro. Todos juntos pasaron á Jerusalem, donde el enviado de Cestio se convenció de que el procurador era quien tenía la culpa de todo. Después de haber inspeccionado la ciudad, de haber exhortado al pueblo á conservar el orden y de haber presentado su homenaje al templo, probablemente con una ofrenda, volvió á dar cuenta á su superior. Agripa, por su parte, creyó quizás que si él hubiera estado en Jerusalem no habrían ocurrido los

tristes sucesos que todos lamentaban, y para restablecer el orden y la tranquilidad convocó una asamblea del pueblo en la plaza de los soportales, situada entre el palacio real y el templo, que se comunicaba con la plaza por medio de un puente. Presentóse delante del pueblo reunido en compañía de su hermana Berenice, demostrando en un largo discurso la imposibilidad de vencer en una guerra con Roma y la injusticia de hacer responsable al imperio romano de las torpezas de un procurador suyo. Los judíos se dejaron convencer y se mostraron dispuestos á reconstruir la sala de columnas derribada, y tambien reunieron los cuarenta talentos atrasados, para dar una prueba de su respeto al emperador y conservar la paz; pero tambien instaron á Agripa á que se quejase del procurador al emperador, y no habiendo querido acceder á estas instancias, le intimaron por un heraldo que saliera de la ciudad y hasta hubo quien le arrojó piedras. Agripa entonces abandonó la ciudad á su suerte y regresó á su reino. Los judíos aprovecharon el intervalo de paz para apoderarse de Masada, la fortaleza al Oeste del mar Muerto, donde Herodes en una de sus ausencias había dejado á su familia. Con otro acto rompió el pueblo judío sus relaciones con Roma, pues por consejo de Eleazar, hijo de un sumo sacerdote y jefe de la guardia del templo, se resolvió que en adelante no se admitiera ni ofrenda ni sacrificio de ningun extranjero, con lo cual quedaron abolidos los sacrificios diarios á nombre y favor del emperador y que éste pagaba de su bolsillo (1).

4. La guerra de Cestio Galo.

Fué una resolucion mas que temeraria, desesperada, para el reducido pueblo judío el atreverse á hacer frente al coloso romano. No fué la reflexion fria, sino que fueron las angustias de la muerte las que impulsaron al pueblo, completamente exhausto y en su propia conciencia desahuciado, á entrar por este camino. Los rebeldes pensaban por instinto respecto de su suerte exactamente como Gesio Floro; su instinto les decía que era preferible acabar de una vez y brutalmente con tanta miseria inaguantable, que dejarse chupar la sangre y perecer individual y sucesivamente.

A nadie en particular puede tampoco culparse de la triste y desesperada situacion á que había llegado entonces el pueblo judío. Desde las luchas de los Macabeos había ido creciendo de año en año la miseria general, con insignificantes treguas y algunos rayos de sol mas raros y mas insignificantes todavia. Desde la muerte de Alejandra casi nunca había disfrutado este pueblo de la posesion tranquila de su propiedad. Hasta Juan Hircano habían asolado la Palestina las guerras con la Siria, y en el reinado de Alejandro Janeo la enemistad entre saduceos y fariseos suscitó una guerra civil feroz que continuó en tiempo de la reina Alejandra y sus hijos, y en consecuencia de la cual asolaron el país primero los sirios, luego los árabes, despues los romanos y finalmente hasta los partos. Vinieron despues el reinado de Herodes y los de sus hijos, que con habilidad, verdaderamente artística, supieron esquilmar el pueblo, y lo que escapó de sus manos rapaces, desapareció bajo el régimen mas ó menos brutal de los procuradores romanos. Todo esto no basta aun para formar el cuadro de la miseria que pesaba entonces sobre la Palestina, pues además del gobierno político y civil, pesaba

(1) Josefo dice en un pasaje que el sacrificio por el emperador se había pagado de los fondos públicos; pero contra esto hay el testimonio decidido de Filon y de la historia que acabamos de referir segun Josefo mismo. Si el emperador no hubiese pagado estos sacrificios, no habrían quedado abolidos con la decision adoptada de no aceptar ni regalos ni sacrificios de ningun extranjero.

sobre el pueblo el gobierno sacerdotal, y bien puede creerse que los judíos, oprimidos por el yugo tributario romano, no siempre pagarían al sacerdocio con cara alegre y mano abierta el primero y segundo diezmo de todos los productos de sus campos y huertas, y además el diezmo y las primicias del ganado y de sus hijos, ó su equivalente en dinero. A estas cargas se agregaba el impuesto para el tesoro del templo, que aunque muy moderado debía ser satisfecho por todo israelita desde la edad de 20 años. Si á todo esto se añade el descanso de la tierra cada séptimo año, lo que constituía una pérdida muy sensible para la poblacion rural, puede afirmarse sin temor de errar que si los judíos se dedicaron en los últimos siglos antes de nuestra era con tan extraordinaria predileccion al comercio, fué porque así evitaban una infinidad de disposiciones de su ley, calculada para un pueblo agrícola. El rasgo característico de la religiosidad judía en tiempos posteriores y que se fué desenvolviendo y perfeccionando especialmente en la escuela de Hillel, es evidentemente la tendencia á observar y cumplir la ley cuando no hay medio de eludirla.

A la miseria material producida por las muchas guerras y la explotacion sistemática del pueblo, hay que añadir la inseguridad de toda justicia, fuese civil ó sacerdotal. Durante un siglo entero no solamente se sucedieron los gobernantes y los sistemas diversos de gobierno, sino que tambien variaron continuamente las reglas de vida del pueblo fijadas por la religion con el carácter de estatutos sagrados. Ilegal fué la monarquía sacerdotal de los Asmoneos, que tuvo por consecuencia la profanacion y la degradacion del cargo de sumo sacerdote; ilegal fué el nombramiento de los sumos sacerdotes por los romanos paganos, é ilegal fué desde el reinado de Herodes el contínuo, arbitrario y caprichoso cambio de los encargados de la suprema dignidad sacerdotal. Estas ilegalidades se acumularon justamente en la época en que los escribas inculcaban con mayor afan en el ánimo del pueblo que solo cumpliendo fielmente la ley podía lograrse la salvacion y la gloria prometidas. Todo esto debía producir necesariamente el descontento y la exasperacion generales.

Se vivía además en la mayor inseguridad respecto de la propiedad mueble, por efecto de las bandas de ladrones y salteadores extendidas por todo el país y que al parecer databan de las guerras civiles de los Asmoneos. Herodes I empezó á hacer la guerra sistemática á estas bandas, pero en tiempo de los últimos procuradores tuvieron parte en los despojos á mano armada las grandes familias nobles y sacerdotales, y aun el mismo procurador, y la expresion de Jesucristo, hablando del judío que en el camino de Jerusalem á Jericó cayó en manos de ladrones, «los cuales le despojaron, é hiriéndole, se fueron dejándole medio muerto,» se refiere á un suceso muy comun. En varios relatos se habla de aldeas saqueadas y quemadas. El robo era público y permanente en el sistema tributario, que estaba montado con leve diferencia como siglos despues en Francia en el reinado de Luis XIV. Los empleados no tenían mas paga que lo que sacaban sobre las cantidades presupuestadas; y á las contribuciones establecidas se habían agregado desde el tiempo de Quirinio la capitacion y el impuesto de mercado. No se levantaron, pues, el galileo Judas y sus compañeros por sostener un bello ideal, sino que lucharon contra esta innovacion que acababa por arruinar completamente al pueblo.

La libertad y la vida del individuo corrían en aquellos tiempos constante peligro en Palestina. A cada momento hablan los autores de prisiones y ejecuciones las mas arbitrarias, y esto explica tambien la indignacion general que se manifestó cuando el sanhedrin, en el año 63 de nuestra era, quiso adjudicarse otra vez el derecho de vida y muerte sobre

el pueblo, que bastante gemía ya bajo la autoridad extranjera y que temía con razon la arbitrariedad de la autoridad popular y nacional en medio de los partidos contrarios.

Lo que llevó la miseria á su colmo fué la prevaricacion de los procuradores romanos. Solo la corta administracion de Festo pasó al parecer sin arbitrariedades; los otros procuradores procedieron segun su índole: Cumano fué hombre cómodo; Félix se dejaba dominar por la pasion de partido; en Albino prevaleció la codicia, y Gesio Floro era orgulloso y despreciaba soberanamente al pueblo judío; mas todos eran crueles y ninguna simpatía les merecian sus subordinados.

No era mejor la situacion en la mayor parte de las provincias del imperio romano, pero ninguna se levantó á hacerle una resistencia tan desesperada; todas sacrificaron su independencia nacional, su modo de ser y su bienestar particulares á la idea de un imperio universal que, á pesar de todo su despotismo y codicia, representaba una civilizacion superior á la de cada una de aquellas provincias. Pero el pueblo judío poseía en su religion un sosten robustísimo de su conciencia nacional, y cuanto mas oprimido estaba, mas se acordaba de que Israel era el pueblo de Dios y de que Dios no podía abandonar á su pueblo. Si Josefo hace decir al rey Agripa II en la asamblea del pueblo convocada en la plaza, antes de estallar la guerra: «Dios mismo está de parte de los romanos, pues sin Dios habría sido imposible constituir un imperio tan grande,» esto no podía significar para la mayoría de los judíos de entonces, sino que Dios ayudaba á la sazón á los romanos como en otros tiempos había ayudado á los asirios y babilonios, pero que finalmente todo redundaría en bien del pueblo judío. Este sentimiento de superioridad se aumentaba cuando el judío comparaba su vida intelectual y religiosa con la de los griegos y romanos; pues si estos y otros pueblos paganos eran superiores al judío en artes y ciencia militar, ya que por su religion los judíos no tenían inteligencia para esta ciencia ni para las artes, en cuanto al derecho romano, no dudaba ningun judío de que este derecho no podía ser comparado ni remotamente con su derecho nacional dado por el mismo Dios, y en cuanto á la reina de las ciencias, la filosofía, el pueblo judío era superior á todos los demás pueblos por su religion filosófica, monoteísta, sin imágenes, y porque todo el pueblo se dedicaba los sábados regularmente á las meditaciones religiosas y por lo mismo filosóficas. La confianza religiosa é imperturbable en la proteccion de Dios, que nunca podía faltar al pueblo judío, y la conviccion de la superioridad de este pueblo sobre todos los paganos, dieron á los judíos el valor para la empresa temeraria de hacer la guerra á Roma, cuyo resultado fué la destruccion definitiva de la nacion judía como entidad política.

En las primeras semanas de la guerra fueron expulsados de Jerusalem el partido judío de la paz y la guarnicion romana, y por otro lado se manifestó la desunion no solamente del pueblo judío en globo, sino hasta del partido de la guerra. Los judíos empleados en el gobierno y la administracion interior se opusieron á la guerra, que para ellos siempre era perjudicial, y despues de desaconsejarla inútilmente enviaron á Cesarea mensajeros á Gesio Floro y otros á Agripa II solicitando pronto auxilio armado. Agripa II envió inmediatamente 3,000 infantes judíos, mas el procurador no hizo caso ninguno de las instancias de los pacíficos; de manera que en Jerusalem estaban frente á frente solo judíos: el partido de la paz en la colina occidental y el de la guerra en la oriental. El de la guerra, acaudillado por Eleazar, hijo de Ananías, ocupaba el templo, y el de la paz tenía en cambio ocupados la ciudad alta y el palacio de Herodes. El castillo Antonia estaba todavia ocupado por una guarnicion romana. Al cabo de una semana de lucha vino la fiesta en la cual los israelí-

tas solian llevar leña al templo para la conservacion del fuego sagrado sobre el altar de los holocaustos. Los sublevados no dejaron entrar en el templo en esta ocasion á sus contrarios, pero admitieron á una multitud de los que eran de su partido y que se quedaron con ellos. Con este refuerzo efectuaron algunas salidas, se apoderaron de la ciudad alta, pegaron fuego á tres palacios y al archivo en el cual se guardaban las cartillas de recaudacion, y rechazaron á la fuerza contraria, soldados y jefes, parte hácia los canales de la conduccion de aguas, parte hácia el palacio de Herodes. Para tener las espaldas resguardadas tomaron por asalto, despues de dos dias de asedio, el castillo de Antonia y le incendiaron despues de acuchillar á la guarnicion. Desembarazados por este lado, emprendieron el ataque al palacio de Herodes, y durante esta lucha recibieron un notable refuerzo con Manahem, hijo del galileo Judas, que les llevó un gran número de celosos armados en el arsenal que Herodes habia establecido en Masada. Bajo la direccion de este Manahem los sitiadores minaron una torre del palacio, apuntalando la mina con maderos, á los cuales despues pegaron fuego, con lo cual la torre se vino abajo. Los sitiados, notando los trabajos de mina, habian construido detrás de la torre hácia dentro una nueva muralla, pero tan espantados quedaron del derumbamiento de la torre, que solicitaron libre salida, y les fué concedida á los naturales del país y á los soldados de Agripa II, pero no á los romanos que entre ellos habia. La aceptacion de esta condicion por los judíos sitiados fué una iniquidad y un oprobio para ellos. Salieron, pues, y los pocos romanos que quedaron solos, viéndose en la imposibilidad de sostenerse en la posesion de todo el palacio, se hicieron fuertes en las tres torres llamadas Hípicos, Fazael y Mariame, donde esperaron en vano auxilio. Los sublevados saquearon los aposentos desocupados y les pegaron fuego. En los acueductos encontraron escondidos dos individuos de suprema dignidad sacerdotal, que fueron degollados por haberse hecho odiosos por su ambicion. Por otro lado disgustó á Eleazar y á los suyos la arrogancia de Manahem y de su gente, y en lugar de agradecerles su llegada y auxilio se entabló una refriega entre los dos bandos en medio del templo, donde Manahem y sus partidarios fueron acuchillados miserablemente.

Al ver los romanos en las torres que no les llegaba auxilio ofrecieron entregar cuanto tenian al enemigo, y solo pidieron salvar la vida; aceptaron los sitiadores, y tres comisionados nombrados por ellos juraron solemnemente cumplir lo pactado; pero apenas los romanos habian entregado sus armas, los hombres de Eleazar cayeron sobre ellos y los degollaron, menos al jefe, que prometió en tan terrible trance hacerse circuncidar. Los romanos experimentaron entonces aquella falacia semítica, que tanto conocian desde las guerras púnicas; pero si repugnante fué la traicion y mala fe de los judíos, no lo fué menos la indiferencia con que el procurador Gesio Floro miró desde Cesarea el degüello de sus soldados.

Verdad es que Floro era impotente ya contra el movimiento, pues no pudo impedir que la poblacion pagana de Cesarea, al tener noticia de lo sucedido en Jerusalem, cayera sobre los judíos, cuyo número, á pesar de la emigracion, subia todavia á 2,000, y los degollara á todos. Entonces se desencadenó la guerra entre paganos y judíos en todo el país; bandas feroces de judíos recorrieron toda la Palestina para limpiar á su patria de la inmundicia pagana. Al Este del Jordan fueron sorprendidas y en parte asoladas las ciudades de Filadelfia, Hesbon, Gerasa y Pella. De la poblacion pagana de Gerasa merece citarse el rasgo generoso de que al abandonar la comunidad judía la ciudad por temor de verse atropellada por los paganos, fué acompañada por éstos hasta

la frontera sin recibir daño ninguno. No sucedió así en Escitópolis (Bethsean), donde los judíos de la ciudad tuvieron que combatir forzosamente al lado de los paganos contra sus correligionarios sublevados; lo que no les salvó de ser atraídos despues falazmente por estos sus correligionarios á un bosque sagrado cerca de la ciudad, donde fueron degollados aquella noche en número de 13,000. Justo, hijo de Pisto, que mas tarde adquirió fama como historiador, salió de Tiberiade con una partida de sublevados y atacó á Gadara é Hipos. Toda la Gaulanitis fué asolada, y en el Noroeste de Palestina, Cades, Tolemaida, Gaba y Cesarea-Neronia sufrieron la visita de las bandas judías; Sebaste (Samaría) fué tambien tomada por asalto y reducida á cenizas, é igual desgracia sufrieron en el Mediodía Ascalon, Gaza y Antedon.

De Gadara, Hipos, Tolemaida y Ascalon se sabe que sus habitantes paganos habian excitado el odio de los judíos con persecuciones continuas; y si los rebeldes arrasaron la fortaleza de Cipros, cerca de Jericó, y expulsaron á la guarnicion romana de Maquero poco antes de estallar la guerra, lo hicieron porque estas dos medidas eran necesarias para la defensa de la insurreccion.

Los sucesos de Palestina encontraron naturalmente eco en Egipto. Al presentarse varios judíos en una asamblea pública de los habitantes de Alejandría para deliberar respecto de la conveniencia de enviar una embajada al emperador Neron, la gente pagana cayó sobre ellos acusándoles de ser espías; se llevó á tres atados para quemarlos vivos, y los demás que trataron de huir fueron acuchillados. Esto dió lugar á un levantamiento general de los judíos de Alejandría, tan peligroso, que fué menester para vencerlo reforzar las dos legiones acantonadas allí con 5,000 hombres de otros puntos. Era entonces gobernador del Egipto el mismo Tiberio Alejandro, el apóstata judío que en Palestina habia sucedido á Cuspido Fado. El levantamiento de Alejandría fué sofocado por la fuerza armada.

Entretanto Cestio Galo habia reunido un ejército de 30,000 hombres aproximadamente, de los cuales 18,000 eran tropa regular romana y 12,000 contingentes auxiliares de los principes vasallos vecinos. Acampó, como tantos otros jefes guerreros antes que él, cerca de Tolemaida, fuera del territorio propiamente judío. Solo la pequeña ciudad de Zabulon, situada en la frontera del territorio de Tolemaida y abandonada por la mayoría de sus habitantes, fué saqueada, lo que no obstante causó 2,000 bajas á los contingentes auxiliares. Desde Tolemaida dirigióse Cestio acompañado de Agripa II á Cesarea, seguramente para concentrarse con Gesio Floro, mientras el ejército se apoderaba de la ciudad de Jope reduciéndola en su mayor parte á cenizas, y matando allí á 8,400 personas; de órden de Cestio fué entrada á saco toda la comarca, como tambien la de Cesarea, y Cestio envió á su segundo llamado Galo á la Galilea, donde se le entregó sin resistencia la ciudad de Séforis. Solo quedó una cuadrilla de rebeldes que fué vencida. Dueño ya de la Galilea, marchó Cestio desde Cesarea por Antipatris y Lida sobre Jerusalem con todo su ejército, entrando á sangre y fuego las dos primeras ciudades. Cerca de Gabaon acampó, y al saberlo los judíos reunidos en Jerusalem con motivo de la fiesta de los tabernáculos, dejaron la fiesta y la celebracion del sábado, sorprendieron de noche al ejército acampado y lo rechazaron hasta Bet Horon. Entre los judíos se distinguió entonces Simon, hijo de Joran, que con su gente persiguió á los romanos mas léjos que los demás jefes y regresó á Jerusalem con un gran número de bestias de carga que habia quitado al enemigo. Entonces se apresuraron los judíos á ocupar las alturas y caminos al rededor de Jerusalem; pero tambien volvió á estallar la desunion en el ejército judío. Agripa en-

vió á Jerusalem dos hombres en calidad de heraldos para ofrecer á los sublevados perdon y paz si deponian las armas, pero uno de los dos enviados fué muerto y el otro escapó herido; una parte de la poblacion estaba dispuesta á aceptar las proposiciones de paz y se disponia á salir de la ciudad cuando los revoltosos se pusieron delante, y á pedradas y palos hicieron volver á entrar á los pacíficos. En vista de esto, Cestio tomó la ofensiva y rechazó á los rebeldes hasta que pudo levantar su campamento á distancia de poco mas de un kilómetro de las murallas. En esta posicion aguardó tres dias mas; el cuarto dia hizo un rápido movimiento de avance; se apoderó de la ciudad baja del lado Norte, que entregó á las llamas, y los romanos acamparon mas abajo del palacio real. En el interior de la ciudad peleaban entre sí con saña los partidos judíos, y un jefe que aconsejó la paz fué precipitado desde lo alto de la muralla. Cestio, despues de varias tentativas para penetrar en la ciudad por otro lado, atacó como en otro tiempo Pompeyo el lado Norte del templo; pero súbitamente cambió de propósito y se retiró con su ejército, seguido por los rebeldes llenos de gozo, que le hostigaron de modo que solo pudo tomar algun descanso en los puntos donde antes habia acampado. Despues, acosado por los perseguidores hizo destruir todo el bagaje inútil y matar á los animales de carga que no le eran absolutamente indispensables. Parecia aquella la súbita retirada de Senaquerib y de su ejército, pero esta vez no hubo un Isaías dentro de los muros de Jerusalem ni se salvó esta ciudad.

Cestio llegó á Bet-Horon habiendo perdido mucha gente y varios jefes de alta graduacion. Estrechamente cercado por los judíos partió de Bet-Horon furtivamente de noche, dejando en la plaza 400 hombres para engañar al enemigo, el cual, advirtiendo á la mañana siguiente el engaño y no pudiendo dar ya alcance á los fugitivos, acuchilló á los 400 hombres que habian quedado. Cantando himnos de victoria regresaron los judíos á Jerusalem, de cuya ciudad salieron disimuladamente todas aquellas personas que, confiadas en el triunfo de Cestio, habian esperado el restablecimiento del órden. Eran en su mayor parte los judíos mas distinguidos y opulentos, de los cuales Cestio eligió algunos y les envió en embajada al emperador Neron, que á la sazón se hallaba en Acaya y al cual debian referir lo sucedido culpando de todo á Gesio Floro.

Hasta entonces no habia habido en Damasco una persecucion general de judíos como en las demás ciudades de Siria: solo por prudencia y prevision habian sido encerrados en el gimnasio. Esta atencion bondadosa fué debida á la vasta propaganda judía realizada principalmente en el elemento femenino; y se dice que con pocas excepciones todas las mujeres de Damasco habian adoptado la religion judía: otra prueba de que el precepto de la circuncision era un obstáculo grandísimo á la propaganda de esta religion. Pero al saberse la sublevacion del pueblo judío en Jerusalem cesaron tambien en Damasco las consideraciones, y unos 10,000 fueron desarmados, acorralados en el gimnasio y pasados á cuchillo. Estas matanzas prueban tambien que en tales casos no intervenia la jurisdiccion romana, y nada tenian que temer de ella los homicidas, pues por la sublevacion los judíos se habian puesto en el imperio romano fuera de la ley y todas las cartas de privilegios que desde César habian obtenido de los gobernantes de Roma habian quedado anuladas.

5. La guerra en la Galilea.

En Jerusalem la situacion era para todos clara: debia hacerse la guerra á todo trance, y no habia mas alternativa posible que vencer ó morir. Con esta conviccion los jefes divi-

dieron el país en distritos, cuya defensa encargaron á personas especiales; y para Jerusalem eligieron dos, Josefo, hijo de Gorion, y el ex-gran sacerdote Anano, el mismo que habia reclamado para el sanhedrin el derecho de vida y muerte. Ningun puesto de jefe fué confiado á Eleazar, hijo de Simon, no obstante tener bajo su custodia los fondos sagrados, á los cuales se habia agregado el botin conquistado de Cestio. La razon de esta postergacion fué evidentemente que los sublevados temian la energia de Eleazar, que se habria hecho obedecer por sus subordinados. Sin embargo, habiéndose quedado en Jerusalem, no tardó en tener en sus manos el poder supremo. Además de los dos jefes militares de Jerusalem fueron nombrados tres para el resto de la Judea, y otros tres para la inmediata Idumea, mientras la Galilea y la Perea, provincias grandes y mas apartadas de la capital, solo recibieron cada una un jefe, lo que ningun mal habria causado si en estas provincias hubiese habido unidad en la direccion de las operaciones militares. Para la Galilea fué nombrado un varon doctísimo, pero completamente inepto para la guerra, á saber, el futuro historiador Josefo, hijo de Mateo, que pronto encontró un competidor mucho mas capaz en Juan, natural de Giscala. Es curiosa la relacion que ha dejado el mismo Josefo de los preparativos guerreros que hizo en Galilea. Siguiendo el ejemplo de Moisés nombró 70 ancianos para el gobierno superior de este país, mientras siete jueces debian sentenciar los pleitos de menor cuantía en las diferentes ciudades. Fortificó nada menos que 16 lugares en Galilea y otros tres en la Gaulanitis, al otro lado del lago de Genezaret, país que tambien estaba sometido á su mando, no dudando que para la defensa de tantas plazas fuertes no le faltaria gente. Vigiló en persona todos estos trabajos de fortificacion menos los de Séforis, donde su presencia hubiera sido mas necesaria atendida la grande importancia de esta plaza, y los de Giscala, donde su competidor Juan dirigió los trabajos. Con esto perdió Josefo un tiempo precioso que deberia haber empleado en ejercitar en el servicio de las armas á los 100,000 galileos que habia convocado; mas para esto no tuvo inteligencia ninguna, y mucho despues de la destruccion de Jerusalem refirió en términos de desprecio los diferentes ejercicios en el manejo de las armas que se habian hecho en los alrededores de Jerusalem antes de estallar la guerra. En cambio esforzóse por conseguir lo que en el ramo militar le habia gustado mas en el ejército romano, á saber, la division y subdivision del ejército, el santo y seña secretos, los toques de trompeta y algunos movimientos de marcha. Además procuró con innumerables discursos moralizar y acostumar al órden á aquella multitud de gente sin organizacion y mal armada, pues se utilizaron todas las armas viejas que se encontraron á mano. No sucedió así en Jerusalem, donde se trabajó en toda la ciudad en hacer armas y armaduras. Sin embargo, dice Josefo que de sus 100,000 galileos tuvo al fin 60,000 infantes y 250 combatientes á caballo á punto de entrar en batalla. De los 60,000 separó 600 para formarse una guardia personal, y destinó los 40,000 individuos no armados á las ciudades para cuidar de las provisiones del ejército, al cual añadió 4,500 mercenarios, que eran la única tropa aguerrida con la cual se podia contar.

En todos sus bien intencionados y bien redactados discursos no cesó de señalar á la admiracion de sus oyentes el órden, valor y grandísimo poder y fuerza de los romanos, lo cual no dejó de ser una imprudencia en vista de la execracion general con que el pueblo miraba á sus dominadores, y mayor imprudencia fué el tomar como tomó bajo su custodia el equipaje que bandidos judíos habian quitado al camarero de Agripa II y de su hermana Berenice. En efecto esta proteccion dió ocasion á Juan de Giscala y á Jesus, hijo de